
REVISTA MODERNA

ARTE Y CIENCIA.



ZULEMA.

PERSONAJES:

Zulema, favorita de harem	<i>Soprano.</i>
Muley-Hasán, príncipe esclavo	<i>Tenor.</i>
Selim Pachá.	<i>Barítono.</i>
Zoraida, vieja nómade	<i>Contralto.</i>
Omar, viejo esclavo	<i>Bajo.</i>

ABDALÁ, trovero. BEN-AHMAR YUSUF. UN BATELERO.

Damas de Selim, bayaderas, esclavas, esclavos, bateleros, árabes, soldados,
musulmanes.

STAMBUL, 1877.



ACTO UNICO.

ESCENA 1ª— *(El Cuerno de Oro. Caiques dorados cruzan el Bósforo. Bateleros pasan cantando, vestidos de brillantes chupas, la oración de la tarde. En el fondo, Constantinopla con sus mirarettes y sus cúpulas doradas por el crepúsculo. En primer término, la esplanada de un viejo palacio, á la que se sube por una escalinata que baja á flor de agua.)*

Coro de bateleros.

¡Alláh nos dé una buena noche como nos ha dado un buen día! El Bósforo, nuestro amigo y protector, ha tenido pesca de rupias que darnos. Soberbios albornoces han honrado hoy los bancos de remero de nuestros caiques. Alláh nos dé una buena noche como nos ha dado un buen día!

(Un caique se separa de la flotilla, avanza al proscenio y atraca en la escalinata. Zulema, arrebuja hasta los ojos en un feredjé, salta de la barca al primer peldaño, asciende y registra la esplanada con los ojos. Hace una señal y el caique se aleja. Abre una poterna y llama á media voz con acento enamorado:)

ZULEMA.— ¡Muley, amor mío, ven!.....
MULEY.— *(Apareciendo en traje de esclavo.)* Mi deseo tiene alas, señora y reina mía, para volar hacia ti como el aura á la flor para beber su aroma! *(Viene hacia ella con los brazos abiertos y la estrecha en un éxtasis. Zulema al oírlo ha tirado su feredjé y aparece toda vestida de blanco, traza, pantalones y escarpines, resplandeciente de pedrería, los cabellos negros tocados en cuatro trenzas, ajorcas en los brazos desnudos, cintillos en los dedos, pendientes, collar y diadema.)* ¡Ah, mi sultana, mi diosa, mi amor!

ZULEMA.— Para verte, Muley, por última vez, me he vestido como las azucenas..... he vestido mi cuerpo de blanco para que semejara la pureza que le han robado!

MULEY.— No hables así! Eres inmaculada y pura porque te amo!

ZULEMA.— Muley, soy una noble esclava. Selim mi señor me compró en Monastir. Selim mi señor compró mi cuerpo, pero no compró mi alma!..... Mi alma es tuya, Muley!

MULEY.— Selim es el poderoso,
es el amo y el señor,
y en su serrallo es dichoso
porque se embriaga de amor!
mientras que yo soy un siervo
que ya no espera piedad
sino de ti, que al protervo
das amor y libertad!

ZULEMA.— Las otomanas legiones
al reto de Rusia vuelan,
y son libres los que anhelan
ir á luchar cual leones!

(*le da un pliego*) He aquí tu salvoconducto
que te declara liberto:
si mueres en un reducto
serás libre pero muerto!
¡Espantosa disyuntiva!
te libro para perderte,
y mientras muero cautiva
tú caminas á la muerte!

MULEY.— (*arrodillándose*) ¡Zulema, que Alláh nos guarde!
ven y huyamos, amor mío,
en volver ileso fío
ven, huyamos, que ya es tarde!
Cuando la guerra concluya
dado habré honor á mi espada,
y mi gloria conquistada
pondré á tus pies porque es tuya!
Has tenido que escaparte,
fletar un caique y venir
y pudieras sucumbir
¡Zulema del alma, pártete!
En un peligro creciente
está tu preciosa vida

ZULEMA.— (*zalamera*) La fortuna nos convida
y nuestra pasión ardiente!
¿Por qué pensar en morir
cuando podemos gozar?
si aun podemos palpitar
de amor, debemos vivir!
Es la vida sin amor
más amarga que la muerte!
Antes que el dolor despierte,
arrullemos al dolor!
Antes que tú me abandones
y mi vida hagas pedazos,
ven á soñar en mis brazos,
dicha de dos corazones!
Oye: la llave poseo
de los jardines vayamos
y nuestras bocas unamos
en febriciente deseo!
Es tan celestial querer
á la luz de las estrellas
las praderas són tan bellas
¡Tardará el caique en volver!

MULEY.— Oh! dicha oh! fascinación
y si sospechan siquiera
tu fuga, niña hechicera

ZULEMA.— ¿Qué importa, si mi pasión
te brinda sus regias galas?
Ven pronto, corazón mío

MULEY.— (*Vacila y de súbito se decide.*)

¡Vamos! y que el lecho umbrío
Amor cubra con sus alas!

ESCENA 2ª — (*Mutación. Un bazar. Musulmanes y árabes en trajes pintorescos van y vienen hablando de la guerra de Rusia con acaloramiento. A un lado el pórtico de una mezquita, donde está sentado Omar fumando su pipa.*)

CORO.— Musulmanes! Rusia nos amenaza con la guerra! Juremos volar, protegidos por el estandarte del Profeta, á la gloria ó á la muerte! ¡Alláh sólo es grande! Si hemos de morir, muramos con gloria! Si hemos de triunfar, que nuestros alfanges sieguen cabezas rusas como la hoz siega las mieses! ¡Alláh es Alláh, y Mohamed es su Profet!

(*El batelero del caique de Zulema aparece en el bazar busca y divisa á Omar y se dirige á él.*)

BATELERO.— Omar, viejo amigo, quieres el perdón de Selim tu amo, con quien estás en desgracia?

OMAR.— Habla! que mi amo y señor Selim es inexorable!

BATELERO.— Es un secreto que te costará veinte zequíes de oro.

OMAR.— Tendrás los veinte zequíes de oro. (*Hablan aparte.*)

(*Zoraida sale diciendo la buenaventura, recorre el bazar y se acerca á un grupo de árabes que cantan empuñando sus espingardas:*)

Coro de árabes.

¡Alhalí! ¡Alhalí!
¡Alláh, Mohamed y el Madhí!
No tenemos ley ni rey
sin el príncipe Muley!
¡Ay de nuestro cielo azul
perdidos en Stambul!
A Muley hemos de hallar
en el desierto ó el mar
Volveremos sin honor
sin Muley nuestro señor.
¡Alhalí! ¡Alhalí!
¡Alláh, Mohamed y el Madhí!

ZORAIDA. (*cantando*)

Digo la buenaventura
y descubro el porvenir;
¿quién que no sienta pavora
mi horóscopo quiere oír?
La felicidad espera
á quienes mi voz oirán:
yo soy de la tribu fiera
de los príncipes de Hasán!
Sé de un esclavo Muley
que es príncipe y será rey.....

(*Los árabes han cercado á Zoraida, la hacen callar y se la llevan cantando:*)

CORO DE ARABES.—

¡Alhalí! ¡Alhalí!
¡Alláh, Mohamed y el Madhí!

(*Los musulmanes que van y vienen entre los mercados del bazar, sostienen viva animación en la escena.*)

MUSULMAN.—

Mientras juramos la guerra,
Yusuf, cuéntanos tu historia.

YUSUF.—

Antes de ser un eunuco
yo fuí un señor de Salónica.
Mis diez y seis primaveras
eran ávidas de bodas;
mis ojos que hoy son marchitos
eran flamas quemadoras
y se posaron en una
dama noble cuanto hermosa.
Oyóme, la juré amor,
enternecieron mis trovas
su corazón, y una noche
en que con luz misteriosa
besaba los sicomoros
la luna menguante y prófuga,
suspendí mi canto al ver
para escarnio de mi loca
esperanza, el ajimez
entreabrirse de su alcoba,
y de una escala de seda
sentí el roce. Sin demora
me eché la guzla á la espada,
ascendí, y á la dudosa
claridad de las estrellas
ví una blancura en la sombra;
entré, y apenas entré,
sentí sellada mi boca,
sujetados mis dos brazos
y..... no queráis que la odiosa
narración de mi desdicha
diga, quemando mi boca!
cuando volví en mis sentidos
me hallaba en Constantinopla,

pues con filtros y mandrágoras
 ofuscaron mi memoria
 durante la travesía
 de Stambul á Macedonia.
 Y desde entonces eunuco
 fuí.....

MUSULMAN.— Y nos dirás muchas cosas
 de tu estancia en los harenes....

YUSUF.— No tortures con tu boca
 mi corazón lacerado
 que bajo apariencia estoica
 ha visto dramas de amor,
 pasiones abrasadoras,
 venganzas, celos y crímenes
 sepultados en la sombra
 de millares de serrallos
 que abriga Constantinopla!
 A la guerra, pues, volad!
 que yo me vuelvo á Salónica
 á cobrar fiera venganza
 de aquella noche de bodas! (*Vase*)

MUSULMAN.— ¿Qué te parece, Abdalá,
 de lo que ha dicho ese ilota?

ABDALA.— Que es un mal bicho..... ¡qué diablo!
 mientras en sangre él se cobra,
 bebamos ponche de Arack
 y cantemos una trova!

(*Canta.*) De España nuestros abuelos
 expulsados y vencidos
 regresaron, y sus duelos
 exhalaban en gemidos....
 Ay!..... que la tierra española
 es tierra de los placeres,
 del amor que mata y viola
 hermosísimas mujeres!

Suo bizarros caballeros
 nos vencieron en Granada,
 rompimos nuestros aceros
 en su armadura dorada....

Ay!.... que aquellos españoles
 reflejan en sus cimbras
 constelaciones de soles
 bajo gloriosas banderas!

Boabdil lloró al alejarse
 de la Alhambra en triste día,
 Boabdil no quiso matarse
 pero yo lo mataría!.....

Ay!..... que su airado furor
 Alláh en los moros ensaña,
 pues perdieron el honor
 cuando perdieron á España!

MUSULMAN 1º.— ¡Por el Korán, Abdalá,
 has cantado bien tu copla!
 un viento de guerra sopla
 en Stambul.....

MUSULMAN 2º — ¡Vive Alláh!
 ¡quién habla de cosas muertas!
 quién á la patria denigra
 cuando la patria peligra
 con los rusos á las puertas!

MUSULMAN 3º — ¡Sí! bebamos por ahora
 mientras el momento llegue
 de que nuestro alfange siegue
 cabezas!

ABDALA.— Tu cantimplora
 deja besar, Ben-Ahmar,
 que me muero por el vino
 de Ismid, el vino divino
 que un moro puede besar!

MUSULMAN 4º — Ben-Ahmar es zorro viejo!
 si quieres vino de Ismid
 debes podarle la vid
 con que llena su pellejo!

BEN-AHMAR.— Venga una piastra, Abdalá!

ABDALA.— ¿Pagar después que canté?
 Yo por gracia beberé!

TODOS.— ¡Sí! que beba! ¡Já, já, já

BEN-AHMAR.— ¡Tiene gracia este cantor!

(á otro) ¿Y tú no bailas, Osmán?
 Así entre los dos darán
 fin á mi vino mejor!
 Cuando alguien tiene una gracia
 ya tiene la mesa puesta,
 amor nada le cuesta
 bebe hasta que se sacia!
 Pero de mi vino añejo
 nadie bebe! ¡Vive Alláh!

TODOS.— ¡Da de beber á Abdalá,
 Ben-Ahmar, suelta el pellejo!

(Todos cantando) ¡Que beba vino Abdalá!
 ¡Que beba vino el cantor!

(Quitan el pellejo á Ben-Ahmar y lo dan á Abdalá.)

ABDALA.— (cantando) ¡Yo bebo por el amor!

TODOS.— ¡Bien, bien! ¡Já, já, já, já, já!

(Se oye un rumor de tambores y música de trompetas,
 y todos se precipitan al fondo. Omar y el bate-
 lero, que han entrado á la mezquita, vuelven al
 escenario.)

OMAR.— ¡Jura por el Korán que no me engañas!

BATELERO.— ¡Lo juro! (Omar le dá el oro y se separan.)

(Aparecen y avanzan la proscenio musulmanes tremo-
 lando banderas verdes con inscripciones blancas y
 la multitud se electriza al verlas.)

CORO.— ¡Gloria al Yslam! ¡Volemos á la guerra santa! ¡Alláh es Alláh, y Mohamed es su Profeta!

ESCENA 3ª —

(*Mutación. Sarao en el haremlike de Selim Pachá, Suntuosos tapices de Oriente; pebeteros en que se queman pastillas del Serrallo. Cinco damas hermosas con espléndidos trajes, reclinadas ó acostadas en divanes ó en cojines con indolencia, fumando opio y bebiendo caté en tacitas con pies de cobre que pequeñas esclavas de Circasia llenan constantemente. Selim hace una señal y aparece un grupo de bayaderas semiveladas con gasas enhebradas de oro, con sus cabelleras flotantes y sus brazos abiertos en cruz, y con el rostro sonriente echado hacia atrás. El ritmo de la música abre una danza de bayaderas que sostiene la escena muda. Después del bailable, las bayaderas cantan meciéndose suavemente y sin dejar de sonreir:)*

Canción de las bayaderas.

Somos las diosas del placer,
somos las diosas del amor,
y nuestro bello cuerpo en flor
hace gozar y padecer.

Nos concibieron las apsaras,
y—Venus índicas—del mar
nos evocaron los assouras
sobre olas crespas á danzar.

Después los devas nos raptaron,
no sin vencer al combatir
con los assouras, y en sus fiestas
á danzar fuimos y á reir.

Ya consagradas á los dioses
el bráhma fué nuestro señor,
y en el serrallo de los bráhmás
fuimos esclavas del amor!

Bajo los bosques de granados
en las florestas de Salem,
danzamos danzas enervantes
en el bazar y en el harem.

Dieron la pulpa nuestras bocas
al girasol y al flamboyán,
y languidez nuestros ojuelos
á las gacelas de Ceylán.

Nuestra sonrisa es el deseo
y nuestra danza el frenesí,
y hay en nosotras más hechizos
que en Bethsabee y en Noemí!

Somos las diosas del placer,
somos las diosas del amor,
y nuestro bello cuerpo en flor
hace gozar y padecer!

*(Al concluir la canción, las bayaderas desaparecen.
Entra un eunuco y se postra ante Selim.)*

SELIM.— ¿Qué quieres?
EUNUCO.— Señor, Omar implora tu gracia y desea hablarte.
SELIM.— ¡Todavía ese perro de Omar!
EUNUCO.— Señor, implora tu gracia y dice traerte una terrible nueva
SELIM.— Que entre!

*(Hace un ademán y las damas salen lentamente.
Omar entra después y se postra con humildad ante Selim.)*

SELIM.— ¡Habla!
OMAR.— Señor, tu viejo siervo Omar, que no duerme en tu servicio
y en tu enojo, ha descubierto una traición nefanda!
SELIM.— ¡Habla!
OMAR.— Alláh bien sabe que la indignación hierve en mi pecho!
.....Zulema..... *(Se interrumpe.)*
SELIM.— *(Con exaltación)* ¡Habla!
OMAR.— *(Fingiéndose sorpresa)* ¿Qué, ha concurrido al sarao?

SELIM.— *(Se levanta de un salto y cae sobre Omar sacudiéndole.)*

¡Habla, miserable, dónde está?
OMAR.— Señor, perdona á tu siervo! Zulema está en tus jardines
con un amante! Un caique la ha traído á la esplanada
de tu palacio que dá al Cuerno de Oro, y su amante la es-
peraba: su nombre es Muley, tu esclavo!
SELIM.— Ay de tí si mientes! Pagarás con tu vida!
OMAR.— *(Arrodillándose)* O seré absuelto en tu enojo!
SELIM.— *(Con voz de trueno)* ¡Mis guardias! ¡Mis vasayos! ¡Mis soldados! *(acuden to-
dos precipitadamente)* ¡Guardad las puertas! coronad los
muros! encended antorchas! venid mis mejores á mis jar-
dines conmigo!

*(Desaparecen prestos en todas direcciones y Selim des-
prende un alfange de una panoplia.)*

ESCENA 4ª.— (Mutación. Los jardines del harem. Zulema y Muley aparecen reclinados sobre el césped, arrobados en su dicha. Plenilunio.)

ZULEMA. } ¡Oh amor, amor divino que en ardoroso anhelo
 MULEY. } nos transportas unidos á las bodas del cielo!
 ZULEMA.— Amor de los amores que en el prado florido
 nos brindaste deleites en dulcísimo nido!
 MULEY.— Amor que mi alma hieres con tus celestes dardos!
 ZULEMA.— Amor que me embalsamas con fragancia de nardos!
 ZULEMA. } Amor! sobre mis ojos tu sueño eterno vierte,
 MULEY. } y que { presa en tus brazos me sorprenda la muerte!
 { preso
 ZULEMA.— Muley, dulce amor mío!
 MULEY. —Reclinado en tus brazos
 mis cadenas de esclavo caer siento en pedazos!
 ZULEMA.— Reclinada en tus brazos no soy la pobre sierva
 de Selim, sino tuya!
 MULEY. —Amor mi sér enerva
 y teniéndote mía no me siento ya esclavo
 de Selim, sino príncipe en mi desierto flavo!
 ZULEMA.— A tu desierto iremos! . . .
 MULEY. —Y si tus gracias quema
 mi sol?
 ZULEMA. —De amor tú eres mi sol!
 MULEY. —Ah! mi Zulema,
 te amo y te adoro! . . . (volviendo á la realidad)
 Dime, ya es la luz de la aurora?
 ZULEMA.— (Sin volver de su éxtasis)
 ¿Qué fulgor el ramaje de los árboles dora?
 MULEY.— (Se pone en pie de un salto)
 ¡Maldición! son antorchas! huye ó somos perdidos!
 ZULEMA.— (Con frenesí) ¡Huye, Muley! (Quieren huír y retroceden)
 MULEY. —Es tarde! Moriremos unidos!

(Las luces han venido aclarándose. Rumor de voces indica que se estrecha un cerco al jardín. Surjen soldados y guardias por distintos lados. Selim aparece con el alfange desnudo, precedido de Omar.)

OMAR.— ¡Señor, ahí están!
 SELIM.— (Hace ademán de lanzarse sobre Zulema y Muley, pero se detiene al ver á Muley desarmado.) ¡Cobarde! ¡apareces ante mi cólera inerme como una mujer!
 MULEY.— (Avanza y le mira cara á cara) ¡Mátame antes que escarnecerme!
 ZULEMA.— (Arrojándose ante Selim.) ¡No! A mí!
 SELIM.— (Con profundo desprecio) Los dos no sois más que viles esclavos! . . . De mi brazo no mereceis la muerte! (se vuelve á Omar.) Has venir á mis damas, viejo y leal servidor! Quiero que presencien la traición de mi favorita y de mi esclavo!
 (Muley reprime su rabia y Omar sale.
 Selim medita y después canta:)

Romanza de Selim.

Zulema era mi dicha y mi alegría,
la reina consentida en mi serrallo,
y al mirar su traición, apostasía
mi último amor, y en odio negro estallo!

Mi venganza soñada será hermosa!
¿Para qué verter sangre ante mis ojos?
se apagara mi sed en deleitosa
fruición de beber torrentes rojos!

Mi espíritu Satán echa á las furias!
mi corazón es nido de serpientes!
las pasiones frenéticas y espurias
mi muerto amor devoran con sus dientes!

Mi mancillado harem, escarnecida
debe mirarla, y fiebre de ansia quema
mi sangre emponzoñada. . . . oh, fermentida!
cuanto adorada odiada es hoy Zulema!

(Aparecen las damas en confusión. Entre ellas viene Zoraida, la vieja nómada, que se desliza y se oculta detrás de un árbol.)

SELIM.— ¿Os quejábais, preciosas mías, de tener sobre vosotras una favorita? ¡Pues no era sino la barragana de un esclavo! ¡Ea! Quitadla las joyas y las sedas, y que de cada una de vosotras guarde una prenda de mi amor! Fenzilé, recibe sus ajorcas! *(A cada nombre, una de las damas se adelanta y recibe de Zulema las joyas que se arranca con presteza. Muley se lanza sobre Selim, pero los vasallos le cierran el paso y lo sujetan.)* Moraima, recibe sus pendientes! Fátima, recibe su collar! Kadidja, recibe sus cintillos! Zaïda, recibe su diadema! *(Zulema rasga su traza y sus pantalones de seda de Asia, y queda semi-desnuda, sollozando, cubriéndose el pecho y el rostro con los brazos. Selim avanza hacia ella.)* Desnuda te compré en Monastir y desnuda te arrojé de mi serrallo! ¡Ea! *(A sus servidores)* ¡Llevadla al mercado de esclavas!

(Zulema da un grito desgarrador y corre á estrechar en sus brazos á Muley, pero la arrancan de él y se la llevan.)

MULEY.— ¡Selim, eres un miserable, un cobarde, un bandido!

SELIM.— ¿Y quién eres tú para hablar así, esclavo vil?

MULEY.— ¡Mientes! Yo no soy esclavo ¡Soy un soldado al amparo de la ley musulmana! *(Arranca un brazo de sus sujetadores y saca de su pecho el pliego que arroja á Selim.)*

SELIM.— ¿Y qué puede la ley dentro de mi palacio y entre mis fieles servidores! . . . Además, has perdido tu salvoconducto *(lo rasga)* y sigues siendo un vil esclavo!

MULEY.— ¡El vil y miserable y fermentido eres tú, cortesano abyecto!

¡Yo soy príncipe! Soy cheik en la Arabia Pétreá! ¡Los beduinos que me vendieron á tu padre me robaron á mi tribu siendo niño!

SELIM.— ¡Y á mí que me importa eso! Tú has sido y eres aún mi esclavo!—Omar: te entrego á ese esclavo beduino: hazlo coser á puñaladas, y mañana me haces ver el sitio donde yace la osamenta de su cadáver arrojado á los perros!

(Vuelve la espalda y sale lentamente, seguido de sus mujeres y su séquito.)

CORO.— ¡Nuestro amo y señor Selim está vengado!

(Muley, á quien han maniatado, deja caer la cabeza sobre el pecho. Permanece así absorto y después canta:)

Romanza de Muley

Azrael, divino ángel de la muerte!
tu dedo celestial mis ojos duerma,
y que mi vida de penar enferma
de ese sueño de amor jamás despierte!

Mi vida fué una tumba solitaria,
una copa de hiel y amor henchida,
mi vida por el mal de amor herida
trinchada en flor, fué obscura pasionaria!

En la noche sin fin de mi amargura,
alborada fugaz fué mi Zulema,
alborada de amor, breve poema
de vívida pasión fragante y pura!

Mas todo concluyó! si ya no vierte
sangre mi corazón yerto y marchito,
quiero dormir en paz un infinito
sueño de dicha en brazos de la muerte!

(Omar despide á los esclavos, se acerca y toca en el hombro á Muley, que se irgue con fiereza.)

MULEY.— Vamos! cumple tu misión!

OMAR.— *(Le contempla misterioso.)*

Hace poco oí decir
que eras príncipe. Depón
tus iras, bravo Muley;
pero jamás llegué á oír
que tú descendas de rey.....
¿son nuevas ciertas?

ZORAIDA. *(Que ha venido acercándose cautelosamente.)*

—¡Sí son!

OMAR.— ¿Eh, vieja bruja.... tú aquí?
¿y quién te ha dado la entrada?....

ZORAIDA.— ¿Acaso dudas de mí?
conozco bien la morada
y más te conozco á tí!

OMAR.— ¿Y qué quieres?

ZORAIDA. —Si te dan

algo que selle tu boca,
das al príncipe de Hasán?

OMAR.— ¡Vieja bruja, tú estás loca!

ZORAIDA.— He dicho que no demoro
en garantir á Muley: (*saca una bolsa*)
quinientos zequíes de oro
prueban que es hijo del rey!

OMAR.— (*Después de meditr*) Es este un caso curioso!
¿Sabes que tengo una idea?
verás si soy ingenioso!
Para que el pueblo te vea
por las aves de rapiña
devorada á la alborada,
te cuelgo de un sicomoro;
con otras brujas en riña
dirán que te llevó el diablo
y me quedo con el oro!
¿Qué dices?

ZORAIDA. —Digo que yo hablo!
bien me parece tu idea,
pero tengo otra mejor:
para que el pueblo te vea
mañana como un traidor
ahorcado, tengo apostado
á la entrada del harén
un soldado musulmán
aleccionado muy bien;
y juro por el Korán
que si dentro de un momento
no me ve salir ilesa,
presentará el documento
á Selim. ¿qué opinas de esa?
Tú bien sabes que el soldado,
Achmet, es mi hijo menor,
y que si vuelvo á su lado
no será tu delator.
Por lo demás, no es primera
vez que tú y yo negociamos,
y que sea la postrera
no es posible. . . . ¿en qué quedamos?

OMAR.— (*Vacila y se decide*) ¡Convenidos! Venga el oro
mas con una condición.
¿Cuál?

OMAR.— (*A Muley*) De tu estirpe desdoro
fuera pagar esta acción
mal!

ZORAIDA.— ¡Habla, qué es lo que quieres!

OMAR.— ¡Ve que va en ello mi vida!
ya que su fiadora eres,
jura que hoy deja en huída
Constantinopla Muley!

ZORAIDA.— ¡Lo juro! (*Le da el oro y corre á desatar á Muley, que ha seguido el diálogo como en un sueño.*)

ZORAIDA.— ¡Príncipe y rey,
eres libre. A Arabia parte!
donde serás aclamado
por tu tribu, que me ha dado
oro para rescatarte!

(*á Omar que cuenta su oro*) ¡Qué haces tú que tanto cuentas?

(*á Muley*) ¡Ven á tu desierto azul
y rosa que tanto a loras!

OMAR.— (*Guarda su oro y se encoje de hombros aparte*)

¡Millares hay de osamentas
roídas á todas horas
en las calles de Stambul!

(*á ellos.*) ¡No perdamos un instante!
Huyamos por la esplanada
(*Se inclina servilmente ante Muley.*)

Antes de la madrugada
ganarás la punta extrema
del Bósforo, mi Señor!

MULEY.— (*con júbilo*) ¡Oh, mi desierto!.. ¡oh, mi amor!..

(*con frenesí*) ¡Mi Zulema!.. ¡Mi Zulema!..!

ESCENA.— 5ª. (*Mutación. El mercado de esclavas. Alborada. Los minaretes y cúpulas de Stambul á la luz del día que va creciendo. Las esclavas andrajosas y bellas apiñadas en una tienda que custodia un mercader judío. Zulema llora entre ellas con sus ropas destrozadas en la escena anterior.*)

Canción de Zulema.

La pobrecita esclava de Monastir
no soñará ya nunca su cielo azul!
que al mercado de esclavas viene á morir
la pobrecita esclava de Monastir,
en Stambul!

Ella soñó una noche, siendo muy niña,
que un día un caballero, príncipe ó rey,
con diadema de reina su frente ciña.....
ella soñó una noche, siendo muy niña,
con su Muley!

Y de sus dulces brazos fué prisionera
y su boca de amores vió sonreír,
y sus ojos ebriantes de primavera.....
y de sus dulces brazos fué prisionera.....
y él va á morir!

Oh.no! que no lo maten! daré mi vida,
mis huesos y mi carne, mi corazón,
y la sangre que brota de mi alma herida
porque no me lo maten! ¿y qué es mi vida
por su perdón?

(sollozando.) Al mercado de esclavas viene desnuda
la pobrecita esclava de Monastir
su esclavitud de dueño tan solo muda
al mercado de esclavos viene desnuda
y él va á morir

Coro de esclavas.

Del vergel de la vida somos las pasionarias!
somos las pobres siervas, somos las pobres parias!
ni un aura de cariño perfumó nuestra vida,
ningún samaritano curó nuestra alma herida
el primero que pase y nos compre, es nuestro amo
¡felices los que tienen á quien decir: yo te amo!
La juventud splende en nuestras formas blancas
para el que nos transporte de su caballo en ancas;
tal vez en un oasis del salvaje desierto
á florecer volvamos pero el amor ha muerto!

ZULEMA.— ¡El desierto! . . . oh! mi príncipe, oh! mi amor, oh! mi esclavo
ya no podré seguirte á tu desierto flavo!
ya no podrá extasiarme tu celestial mirada!
soy una vil esclava! . . . la sierva desgraciada
Moriste, y para tu alma concluyeron las penas
mientras que yo agonizo cargada de cadenas!

(Ha salido el sol. De súbito, Muley-Hasán entra radiante, en traje de cheik de la Arabia Pétrea, seguido de su séquito de árabes.)

MULEY.— ¡Zulema! ¡Mi princesa! alza y ven á mis brazos!
¡Tus cadenas de esclava ve caer en pedazos!

(Despedaza las cadenas y arroja una bolsa henchida de zequíes de oro que el judío abre y cuenta con avidez.)

¡Ven, mi diosa, mi reina, á mi desierto ardiente,
que de Hasán la corona ceñirás en tu frente!

ZULEMA.— ¡Oh mi príncipe amado, mi dueño, mi señor!

MULEY.— ¡Huyamos, mi princesa, al desierto!

(Cubre Muley á Zulema con un espléndido albornoz de Cachemira y se contemplan los dos extasiados.)

ZULEMA }
MULEY }

—¡Mi amor!

(La da un beso apasionado, la estrecha en sus brazos y la levanta en ellos alejándose con su preciosa carga. Telón rápido.)*

Rubén M. Campos.

* ZULEMA, escrita para el compositor ERNESTO ELORDUY, es propiedad literaria del autor y nadie reproducirá ni todo ni parte de ella, en cualquier forma, sin su permiso.

E T E F H A .

Sus ojos son dos negros diamantes de Circasia
llenos de lujuriosas penumbras y quimeras;
su piel de lirio tienen las vírgenes del Asia
y sus felinas curvas las índicas panteras.

Subyuga y enamora con indolente gracia;
hay en sus venas sangre de antiguas bayaderas;
su cuerpo exhala el grato perfume de la acacia;
en su alma duerme el eco de muertas primaveras..

¡Oh, rara flor de encanto! Su pérfida hermosura
esconde filtros hondos de espasmo y de locura,
venenos misteriosos, que matan dulcemente!

¡Oh hermana de Medea! ¡Serpiente que fascina!
Que llevas en tu boca de reina bizantina
el beso voluptuoso como el hachís de Oriente!

LEOPOLDO DIAZ.

M I N U E .

De raso azul vestidas están las bellas damas
entre tapices llenos de asuntos de Watteau;
la reina danza alegre, sus ojos son dos llamas;
habrá lirios cual ella, pero más blancos, nó.

Para ella el myrto erije los tirsos de sus ramas,
para ella el padre Apolo las rimas inventó,
por ella son hermosos los régios oriflomas
Versalles y el Elíseo, y el Louvre y Fontainebleau.

Gentil su paso mide, su cuello real erguido
sonriente y desdeñosa, su linda boca en flor;
paloma de alabastro que tiene de oro el nido,
por solo afan el gozo y el triunfo y el amor.
El gran reino de Francia posee á sus pies rendido:
el pueblo está allá abajo, y arriba está el señor.

RUBÉN DARÍO.

"ZULEMA."

Letra de Rubén M. Campos.

Música de Ernesto Elorduy.

"Zulema."

Lento
mf Danza de Bayaderas

MCD 2013

LAS ANFORAS DE EPICURO.

LA ESPIGA.

Mira el signo sutil que los dedos del viento,
hacen al agitar el tallo que se inclina,
y se alza en una rítmica virtud de movimiento
con el áureo pincel de la flor de la harina.

Trazan sobre la tela azul del firmamento
el misterio inmortal de la tierra divina
y el alma de las cosas que da su sacramento
en una interminable frescura matutina.

Pues en la faz del campo la faz de Dios asoma.
De las floridas urnas místico incienso aroma
el vasto altar en donde triunfa la azul sonrisa;

aun verde está y cubierto de flores el madero,
bajo sus ramas llenos de amor paca el cordero
y en la espiga de oro y luz duerma la misa.

LA ANCIANA

Pues la anciana me dijo: mira esta rosa seca
que encantó el aparato de su estación un día:
el tiempo que los muros altísimos derrueca
no privará este libro de su sabiduría.

En esos secos pétalos hay más filosofía
que la que darte puede tu sabia biblioteca;
ella en mis labios pone la mágica armonía
conque en mi tomo encarno los sueños de mi rueca.

“Sois un hada,” la dije: “Soy un hada,” me dijo:
“y de la Primavera celebro el regocijo
dándole vida y vuelo á estas hojas de rosa.”

Y transformóse en una princesa perfumada,
y en el aire sutil, de los dedos del hada
voló la rosa seca como una mariposa.

RUBEN DARIO.

A LAS PUERTAS

(PROLOGO DE UN LIBRO DE VERSOS.)

Al fulgor ensangrentado
De una hornaza nunca extinta,
Junto al yunque en que el ardiente
Hierro herido arroja chispas,
Levantando y abatiendo
El martillo que fatiga,
Sudoroso y atezado,
Un Vulcano está á tu vista.

Esta atmósfera de infierno,
Roja á fuerza de encendida,
En que el cíclope trabaja
Como en una pompa olímpica,
Bien pudiera sofocarte
Con su fuego y sus cenizas....
¡Que de tí no entre aquí más
Que la luz de tus pupilas!

No penetres en el antro,
No busques idolatrías
En este taller, panoplia
De tantas sagradas iras!
Yo amo la belleza, es cierto,
Mas no á la manera antigua:
Vástago de esta centuria,
Voy por donde ella me guía.

Y ni para honrar los templos
La moderna gracia artística
Sobre los pechos de Helena
Modela copas divinas;
Ni el nuevo genio ateniense
Mira con ansias lascivas
En la cadera de Aspasia
El contorno de una lira.

Ni la estética en su arena
Premia como antes solía
El más melódico beso
Aplicado á una mejilla:
Ni en los litigios famosos,
Que dirime la justicia,
La desnudez de Frinea
Es hoy razón decisiva.

Tu lugar no está en mi fragua,
¿Qué te importa la obra mía?
Yo no labro joyas de esas
Que á las mujeres cautivan:
Forjo armaduras, escudos,
Cascos, espadas y picas,
Para todos los derechos
Que combaten por la vida!

SALVADOR DIAZ MIRON.

LITERATURA DOMINGUERA.

LOS MONAGUILLOS AZULES.—EL RECLAME Y LA POESIA.

Los "monaguillos azules" de que hablaba el poeta argentino, han invadido la literatura. Como esos *rasta* que cotidianamente son humildes *ronds de cuir* y que sólo esperan el advenimiento del domingo para convertirse en *dandys* fortuitos y accidentales, así ellos se lanzan á *boulevardear* por las columnas de los periódicos domingueros. Los bastardos de la escuela decadente que de musa fresca se ha convertido en asquerosa barragana, son los que forman en primera fila. En un tiempo, ser decadente implicaba cierta aristocracia artística; ser decadente ahora, es llevar un ridículo sambenito y un vergonzoso estigma. Hay rondeles fraguados por los hojalateros de la literatura, que suenan su pertinaz ritornelo como el hipo obstinado de un alcohólico; hay estrofas que, como las *jaulas* de un manicomio, dejan escapar entre sus versos el idiota alarido del demente; hay una infinidad de máquinas dislocadas, de estrofas de morbosa hinchazón, de versos anquilosados que con mímica de simios quieren parodiar la marcha solemne de la musa.

Y es que algunos poetas, artistas verdaderos, pero tristemente débiles, arrastrados por un vértigo de bombo, y poseídos de un furor de *réclame*, patrocinan á ese *clan* de ingenios haraposos, les hacen creer que las llagas de su lepra son flores sanas y fragantes y los persuaden de que el egregio brote del laurel puede romper esos ári-

dos cienos cerebrales. Al tutorear á esos númenes baldíos, al armar caballeros á esos parias el poeta verdadero ¿qué pretende? Pues pretende rodearse de un cenáculo, ser loado por ellos á costa de torpes complacencias que dañan al arte pero que á él le aseguran el homenaje de las admiraciones beocias un murmullo laudatorio que le diga á cada instante: "recuerda que eres poeta", como la voz del esclavo le decía al César reblandecido: "acuérdate que eres hombre!"....

Si el mercantilismo de ciertas empresas periodísticas se sigue estravasando en la sangre de ciertas musas, si ese sudor fangoso sigue escurriendo por los mármoles del Olimpo, buen fango amasarán los poetas! El huracán del *réclame* llevará el anuncio del tomo de versos á los techos de los tranvías y á los telones de los teatros, muchos poetas rivalizarán en popularidad innoble con Fuentes y con la *Pata*; sus firmas calzarán los certificados de la "Dentadura Automática"; sus efigies surgirán de una caja de cigarros entre las fototipías de "La Mascota"; el arte, visto como un sacerdocio, será un sarcasmo que abrazarán los inocentes.....y el espíritu nostálgico y tedioso se volverá lleno de pésame hacia esas torres de marfil que habitaron los artistas nobles y probos, los Flaubert, los De Goncourt, los Huysmans...

JOSÉ JUAN TABLADA.

LA GARÇONNIERE

A JOSE JUAN TABLADA.

ESTO ocurre á la hora del crepúsculo, en un piso bajo del barrio Monceau, en el pequeño saloncito atestado de libros y dibujos raros que es un pasaporte de semi-intelectualidad y una coquetería. Hay cortinas japonesas, tibores chinos, ediciones microscópicas de Venecia, estatuas de Marfil y pebeteros de Siam. Sobre la chimenea bosteza un retrato de Byron, en las bibliotecas se amontonan muchos libros cuyas páginas no han sido cortadas y sobre la mesa, cubierta de revistas y periódicos, reina un enorme dios de porcelana china que ofrece el tabaco rubio y las pipas turcas.— Nada falta para realizar la *banal mise en scène* de un rastacuero de las artes que usa la literatura como una corbata y afirma que la poesía es un *sport*.

El thé humea. Por las cortinas de seda verde se filtra una luz agonizante que parpadea en los vidrios. Y la media docena de *snoobs*, de viejos *snoobs* de cincuenta años, reunidos allí como en una resurrección de antiguas elegancias, siguen hilando una conversación monosilábica, hundidos en los sillones de piel, junto á la chimenea, fumando cigarrillos.

Hablan de la mujer y la consideran como mueble *modern style*. Solo conciben,—como Prevost ó Abel Hermant,—la criatura insignificante que satisface la curiosidad de beber un dedo de Jerez en la *garçonniere* de los amigos de su marido.

La conversación se anima. Las frases son confidencias. Y entre el humo de las conversaciones, como un florecimiento de perversidades, las muñequitas que viste Paquín, pasan friolentas, envueltas en sus abrigos de chinchilla y se desnudan en alcobas *laqué blanc*, con la sonrisa en los labios, consumando la infidelidad por capricho, como se muerde una fresa.

Los *snoobs* recorren sus vidas y evocan las mujeres y los besos. Sus amores fueron bibelots de Sèvres que olvidaron sobre la chimenea y que el criado rompió una semana más tarde. Las sensaciones han dejado recuerdos lejanos, extremadamente imprecisos como pre-nociones de ideas anteriores á la vida. Queda la memoria de los hechos pero se han borrado los perfiles. ¿Cómo recordar la fisonomía de aquellas dos locas

Pierrettes que, en una cena de Mardi-Gras, en un comedorcito particular del entresuelo de Maxim's, se desabrochaban el corpiño y bebían champagne á grandes sorbos y que, después de haber arrugado sus trajes sobre el canapé, partieron con la aurora, sin dejar cita ni indicio, como dos apariciones misteriosas?—

Al conjuro de las voces, desfilan todas las hermosas pasadas, formando, con su guirnalda de desnudeces, un coro enorme y bullicioso que se pierde entre las nubes, como las bailarinas del *plafond* de los teatros. ¿Dónde está la extranjera de hermosos cabellos negros que llevaba un escote escandaloso en el conocido salón de *placement* del Faubourg Poissonière y á quien alguien creyó encontrar después en una fiesta de la princesa Eulalia?

—¿Y la rusa imperativa y locuaz que se posesionó de París en dos días y á quien se regalaron carruajes solo porque mostrase las medias de seda.....?

La media-luz en que naufraga el saloncito se hace cada vez más ténue como una idea que se olvida. Es inverosímil que haya llegado á interesarse en algo esa media docena de cadáveres elegantes, que gesticulan, fumando cigarrillos. Están aburridos de todo. No les queda pasión ni sentimiento que arrojar á la hoguera de la curiosidad.

Pero han encontrado un medio de seguir calentando sus vidas... A la hora del crepúsculo, en el misterio de la *garçonniere* donde tantas mujeres han dejado algo de su espíritu, evocan los amores pasados, los cortos amores de una semana ó de un mes y reviven condensada en una hora, toda la voluptuosidad de muchos años.

Si aquellas mujeres tornáran á sonreírles realmente con el *frou-frou* de sus enaguas de seda, no se crearían tan felices; la evocación tiene excitaciones de espejo para esos organismos degenerados. Y como nada les atrae desde la calle, porque todo está vacío para quien ha apurado todos los goces, se reúnen allí, de cuatro á siete, y realizan, conversando, su lujuria mental, hasta que la noche les sorprende deshojando mujeres artificiales en aquella atmósfera de invernaculo.

MANUEL UGARTE.

París—1899.

EL REY Y EL POETA.

(FRAGMENTO)

EL REY SKULE—Me hablarás de eso dentro de poco.

Pero dime, Skalda, tú que has errado tanto por países extranjeros, ¿has visto una mujer que ame al hijo de otra? Y cuando digo amar, entiendo amar no con un sentimiento pasajero, sino amar con todas las ternuras del alma.

El poeta Jatgeir—Eso no acontece sino á las mujeres que no tienen hijos.

El Rey—¿A ellas solamente?

El poeta—Sobre todo á las que son estériles.!

El Rey—¿Sobre todo á las que son estériles? ¿Aman entonces á los hijos de otra, con todas las ternuras de su alma?

El poeta—Sí, á menudo.

El Rey—Y, ¿no es cierto? Sucede que esas mujeres estériles matan á los hijos de otra, despechadas de no haber tenido ellas.

El poeta—Sí. Pero eso no es obrar prudentemente.

El Rey—¿Prudentemente?

El poeta—No, no es obrar prudentemente, porque dan á aquellos cuyos hijos matan, el don del sufrimiento.

El Rey—Pero ¿crees tú que el don del sufrimiento sea una buena cosa?

El poeta—Sí, señor.

El Rey—Islandés, hay como dos hombres en tí. Estás entre la muchedumbre, en algún alegre festín y pones un manto sobre tus pensamientos. Se está á solas contigo, y te asemejas á los raros á quienes volun-

tariamente se escojería por amigos. ¿Por qué es así?

El poeta—Señor, cuando os queréis bañar en el río, no os desvestís cerca de donde pasan los que van á la iglesia, sino que buscáis un lugar solitario....

El Rey—Naturalmente.

El poeta—¡Y bien! yo también tengo el pudor del alma y por eso es que no me desvisto cuando hay tanta gente en la sala.

El Rey—¿Eh? Cuéntame, Jatgeir, cómo has llegado á ser poeta y quién te ha enseñado la poesía.

El poeta—Señor, la poesía no se aprende.

El Rey—¡La poesía no se aprende! Entonces, ¿cómo has hecho?

El poeta—He recibido el don del sufrimiento y así he llegado á ser poeta.

El Rey—Así pues, ¿el don del sufrimiento es necesario al poeta?

El poeta—Para mí fué necesario; pero hay otros á quienes ha sido concedida la alegría, la fé ó la duda.

El Rey—¿Aún la duda?

El poeta—Sí; pero es preciso que sea la duda de la fuerza y de la salud.

El Rey—¿Y cuál es la duda que no sea la de la fuerza y de la salud?

El poeta—Es la duda que duda aún de su duda.

El Rey—Páreceme que eso debe ser la muerte.

El poeta—Es más horrible que la muerte misma: son las tinieblas profundas.

H. IBSEN.

GARZA REAL

Son mil lebreles los ojeadores.
Son mil burgraves los cazadores:
sobre sus puños van los azores.

Rompen las grandes yeguas numidas,
por las espuelas áureas mordidas,
con espumosos brios, las bridas.

Lucen las dagas sus tahalíes;
y embraveciendo los jabalíes
soplan los cuernos sus alhalíes

los grandes cuernos de voz de plata,
á cuya larga nota, desata
su gran galope la cabalgata,

que tras los corzos vá por las cuestas
al sol de Otoño llevando, enhiestas,
las bravas puntas de las ballestas.

Y en su alba yegua corre delante
á los acordes de su olifante
el viejo duque Guy de Brabante.

(El viejo duque, tiene un castillo,
con grandes guardias junto al rastrillo;
cotas y yelmos de excelso brillo.)

Tiene en su feudo mil alazanes,
y en sus panoplias mil yataganes
que fueron prendas de los sultanes.

Hay cien mil doblas en sus talegas,
y dan sabrosos mostos las vegas
para las odres de su bodegas

Mas, el oculto bien que codicia
es la azucena de su delicia
su duquesita la blanca Alicia.

La rubia de oro, blanco en su regio
candor de lirio de florilegio,
por las virtudes de un sortilegio.

Pues dice su aya—que es adivina—
que esa blancura de nieve alpina,
la dió por dote su hada madrina).

Creendo el duque su triunfo incierto,
en la capilla que hay en su huerto
rezo el oficio de San Huberto,

—leyendo un viejo devocionario
donde un xilógrafo lejendario
grabó un emblema de relicario.

Y por altivo mueve la espuela,
llevando en triunfo su escarapela,
detras del rápido azor que vuela.

Porque ya el pájaro sigue la pista
de la alba garza; cuya conquista,
hará en los aires su garra lista.

Y se diseñan, corbas, parejas,
las grandes alas, como dos cejas.
sobre las largas nubes bermejas.

Y tras el vuelo, van los clarines,
van las ballestas, los paladines,
las grandes yeguas y los mastines

Ya el fiero pájaro, sofrena el brío
de la alba yegua, todo sombrío,
sobre la fresca margen del río.

Alicia yace—oh triste horror!—
muerta en la gloria de su candor,
toda desnuda como una flor.

Es que creyéndola garza de nieve
entre las ondas, con rabia aleve,
sobre su pálida garganta leve.

Sus bravas uñas clavó el azor.

LEOPOLDO LUGONES.

STELLA.

¿Por qué vino tu imagen á mi memoria Stella, alma, dulce reina mía, tan presto ida para siempre, el día en que, después de recorrer el hirviente Broadway, me puse á leer los versos de Poe, cuyo nombre de Edgardo, armonioso y legendario, encierra tan vaga y triste poesía, y he visto desfilar la procesión de sus castas enamoradas á través del polvo de plata de un místico ensueño? Es porque tú eres hermana de las liliales vírgenes cantadas en brumosa lengua inglesa por el soñador infeliz, príncipe de los poetas malditos. Tú como ellas, eres llama del infinito amor. Frente al balcón, vestido de rosas blancas, por donde en el Paraíso asoma tu faz de generosos y profundos ojos, pasan tus hermanas y te saludan con una sonrisa, en la maravilla de tu virtud, ¡oh mi ángel consolador, oh mi esposa! La primera que pasa es Irene, la dama brillante de palidez extraña venida de allá de los mares lejanos; la segunda es Eulalia, la dulce Eulalia de cabellos de oro y ojos de violeta, que dirige al cielo su mirada; la tercera es Leonora, llamada así por los ángeles, joven y radiosa en en Edén distante; la otra es Frances, la amada que calma las penas con su recuerdo; la otra es Ulalume, cuya sombra yerra en la nebulosa región de Weir, cerca del sombrío lago de Auber; la otra Helen,

la que fué vista por la primera vez á la luz de perla de la luna; la otra Annie, la de los ósculos y las caricias y oraciones por el adorado; la otra Annabel Lee, que amó con un amor envidia de los serafines del cielo; la otra Isabel, la de los amantes coloquios en la claridad lunar; Ligeia, en fin meditabunda, envuelta en un velo de extraterrestre esplendor. Ellas son, cándido coro de ideales océanides, quienes consuelan y enjugan la frente al lírico Prometeo amarrado á la montaña Yankee, cuyo cuervo, más cruel aún que el buitre esquiliano, sentado sobre el busto de Palas, tortura el corazón del desdichado apuñalándole con la monótona palabra de la desesperanza. Así tú para mí. En medio de los martirios de la vida, me refrescas y alientas con el aire de tus alas, porque si partiste en tu forma humana al viaje sin retorno, siento, la venida de tu ser inmortal, cuando las fuerzas me faltan ó cuando el dolor tiende hacia mí el negro arco. Entonces, Alma, Stella, oigo sonar cerca de mí el oro invisible de tu escudo angélico. Tu nombre luminoso y simbólico surge en el cielo de mis noches como un incomparable guía, y por tu claridad infame llevo el incienso y la mirra á la cuna de la eterna Esperanza.

RUBEN DARIO.

IDILIO ROMANTICO.

A MANUEL DÍAZ RODRÍGUEZ.

Aquella noche, en el saloncito azul lleno de flores, libros, mármoles i telas, donde, a la luz amarillenta del gas, se reunian los poetas amigos de Van Dick á contar aventuras galantes, leer versos o inventar lances amorosos, pobres i descreidos, pero alegres como bandada de gorriones, Mario, el misántropo, tenia la palabra.

El caso era realmente singular, pues Mario, que poseia el dón de escuchar, no conversaba jamas. Todas le hicieron círculo, seperando que de aquellos labios saldria al fin la revelacion extraordinaria o conmovedora que diera la clave de su enigmática misantropia.

Amigos mios—esclamó de pronto—felices vosotros que vivís en el presente i tomáis la vida por el lado alegre! No critiqueis mi aislamiento i mi soledad. Yo vivo de ideales i de sueños; me nutro de recuerdos. Mi espíritu, abstraído en la contemplacion interior, vuela hácia atras, i hace sus abluciones en el pasado. Bien dijo el poeta florentino: *Nessum maggior doler che ricordarsi del tempo felice...*

Sí, rasgando ese velo sutil como quien borra con un lienzo las telarañas de un cuadro o mira descorrer el telon de un teatro en una noche de fiesta, veo revivir ante mis ojos teorías de blancas mujeres, unas lánguidas i tristes, otras doloridas i quejosas, otras alegres i sonrientes; lijeras, vaporosas, fujitivas como cendales de nubes flotantes.

Cuántas criaturas adoradas acuden al conjuro de mi voz! Unas toman actitudes de súplica, otras de amenaza. La de que voi á hablaros, sencilla i casi candorosa, se pierde en los primeros crepúsculos de mi memoria, i la llevo tan adherida a mis fibras como mi propia sangre. Elle llenó mi vida para la eternidad. Los horizontes brumosos de mi espíritu datan de entónces. Hai existencias truncadas que marchan por la fuerza del impulso inicial almas desoladas que atraviesan el mundo sin un rayo de esperanza que las alumbre!

Si teneis la bondad de oirme hasta el fin,

os esplicaré mi condenado aislamiento, mi carácter apático, mi incurable melancolia.

Escuchadme.

*
* *

En los alrededores de *El Tigre*, entre las islas pintorescas i los riachos deliciosos, entre las lianas i enredaderas silvestres, cerca de los verdes camotes i los seibos enguirnaldados de púrpura, escondida bajo la fronda compacta, se levanta la casa paterna.

En aquellos parajes apartados i solitarios, distante de los placeres mundanos i del tumulto de la capital bulliciosa, pasé los mejores años de mi niñez. Aprendí á conocer las voces de la naturaleza: el idioma de las aves en los nidos, la queja de las aguas en las rocas, el monólogo del viento en la arboleda.

Vivia con nosotros una niña huérfana, de aristocrática alcurnia. Delia, se llamaba. Mi madre, compadecida de su infortunio, interesóse por ella i la recojió. Delia tenia la serena belleza de las Vírgenes: los ojos ovalados i celestes; la boca de guinda, contorneada por una doble hilera de perlas; la frente de alabastro; el cuerpo con el garbo de la divina eurítmia. Al andar parecia despedir un vago resplandor. Yo probé de súbito la misteriosa fascinación de aquella flor de los rios i de los bosques, acabando por cifrar en ella mi futuro ensueño. Más que su belleza física, belleza de Afrodita criolla que, cual su homónima griega “pedia tambien á gritos el cincel de un artista”, sentia sobre mí el imperio soberano de su alma prítina, luminosa i pura como una alborada de abril. El contacto en que vivíamos acercó nuestras almas. El sol, al reflejarse sobre los cristales de las ventanas en las alegres mañanas de la riente primavera, nos hallaba de pié, arrullados por la orquesta de los pajaros que, en el jardin, discutian acaloradamente sobre un motivo musical, haciendo cimbrar los ramas de los naranjos florecidos, sin entenderse. Mil

1707

rumores venían de lejos, traídos por la brisa balsámica, con fragancias de trébol. Desbordaban de los arroyos, de los montes, de la tierra uberrima i fecunda, i se esparcían en el ambiente sereno.

Al mujido de un buey, que rumiaba filosóficamente su pienso echado sobre la grama, replicaba el ladrido de un perro inquieto por dejar la cadena i lanzarse en correrías de calavera. A la áspera nota del gallo, que ensayaba su *do* agudo desafiando lamentablemente como un tenor afónico, contestaban las calandrias con arpejos de trinos limpidísimos. Los cisnes, immaculados i hieráticos—Lohengrines ideales—con su cuello arqueado en forma de lira, cortaban las aguas mansas i espejeantes en sentido contrario á la corriente. Los pavos reales sacudían su pereza sobre los cercos, alborotando á las golondrinas vecinas. I en las charcas, las ranas segían entonando su crispante i monótono *cuá-cuá*, como quien cumple con una misión trascendental.

Enormes jarras de leche, recién ordeñada, se alineaban sobre la tosca mesa de la enramada, i mientras bajo los sauces el costillar jugoso sangraba sobre las brasas, la sirvienta Inés, morochita vivaracha, *cebaba* el *mate*, haciendo crujir, al andar, el vestido de percal almidonado i dejando entrever el nacimiento de su pierna redonda.

Después de almorzar, corríamos por los verdes prados, nos sentábamos en la yerba al pié de los copudos seibos, ó penetrábamos en la *chalana* por los recodos del riacho, descubriendo acuarelas i paisajes. En ocasiones, el viejo barquero ponía la vela al trinquete i con viento fresco, remontábamos los arroyos hasta llegar al ancho Paramá, que se extendía como un mar, desplegando ante nuestra vista panoramas inmensos. Saltábamos á tierra. Con una agilidad de simio trepaba á los árboles, destruía sin compasión los nidos, arrancaba abundante provisión de duraznos i cortaba *flores del aire*: coloradas, violáceas, azules, blancas, que mi compañera se prendía entre sus rizos ó en su corpiño con una gracia i coquetería supremas.

Al descender las sombras de la tarde, retornábamos al hogar, no sin ántes dar batida á alguna *lechiguana* ó *camuatí*, cuya miel dulcísima i sabrosa rebosaba de los panales repletos. Una vara de laurel ó de álamo servía de espada; la enarbolaba formidablemente y la descargaba furioso

sobre los gajos. El paladar saboreaba de antemano la presa codiciada, y era de veras doloroso tener que abandonarla á mitad del camino, corrido por el agujón de las avispas enconadas.

Los viejos nos recibían con el ceño hosco. La reprimenda acre se prolongaba hasta muy entrada la noche. Viendo que las amenazas no surtían efecto, intentaban atemorizarnos con historias de duendes y aparecidos. Sermón perdido! Volviamos á reincidir

Así, en mi semi-inconsciencia, se deslizó nuestra infancia.

Un día,—tendríamos quince años,—corriendo detrás de una mariposa, nos perdimos en lo más espeso del follaje. De pronto, sentimos el vacío del aislamiento absoluto. Cruzamos una mirada, entre tímida y suspicaz. Ella ruborizose toda. A la mirada siguió una sonrisa. Una garza blanca cruzó sobre los árboles. Nos acercamos, trémulos y absortos. Y allí, ante la naturaleza casisalvaje, bajo la fronda de los bosques sonoros, arrullados por el murmullo de las corrientes cristalinas, entre el gorjeo de los pájaros libres, á pleno sol, confundimos nuestros labios en un solo beso, y “en una actitud de púdico abandono, Delia me entregó su cuerpo gentil.” Bendito aquel instante y aquella mujer que me descubrió el secreto de los éxtasis sublimes, de la suprema voluptuosidad, de las dichas inefables é inmensas!

*
* *

Un mes más tarde, yo debía partir á Europa, á cursar mis estudios científicos. Infructuosas fueron todas las argumentaciones para demostrar á mi padre la inutilidad de ese viaje, puesto que sin salir de Buenos Aires podía consagrarme doctor. Mis resistencias lo exasperaron hasta el punto de que apenas tuve tiempo de despedirme de Delia. Al estrechar su mano pálida, esperimenté el sentimiento de una eterna separación.

Horas después, Buenos Aires se perdía hacía el occidente entre una niebla de fuego. Un mundo de ideas locas danzaban en mi cerebro. El océano, que solo conocía por descripciones incomparables de Poe, me saludó con las salvas de sus olas encrespadas y sonantes. Atrás quedaban mi amor, mis ilusiones de niño, el hogar, la patria, todos los recuerdos santos y benditos. Adelante,

lo desconocido. Con la distancia las cosas nimias é inocentes de mi casa y de mi tierra se esfumaban, adquiriendo un tinte de melancolía y de ensueño crepuscular. Cada ola que la proa del vapor tajaba, era una ilusión desvanecida. Sin embargo, á medida que me alejaba, el recuerdo de la visión amada, reaparecía más fulgurante. Aquella criatura llenaba para mí el mar y el cielo; se reencarnaba en mi retina cual la cándida figura de Mignon á los ojos de Gœthe. Extraño, si quereis, pero era así. La nostalgia tomó posesion de mi ser; no me daba tregua; me envolvía entre su manto de brumas. La semblanza de Delia creí verla en todas partes, en los pálidos celajes de aurora y en los rojizos arreboles del ocaso; en las ondas oscuras, cuyo eterno rodar simulaba un gemido y en las nubes algodoadas que, caprichosas y fantásticas, rompian la línea ondulante del horizonte azul, como evocadas por la sombra.

Para matar el tedio invencible, recurría á mis autores predilectos, á mis poetas favoritos. Lamartine no era ya para mí el mago de otros tiempos; Byron antojábase afectado y teatral; Musset, el compañero inseparable de las horas amargas y luctuosas, me parecía pálido y descolorido; hasta sus estrofas a *Rolla*, llenas de sangre i fuego, habian perdido el sello intenso de la emocion varonil. Lo cierto es que cuando se tiene veinte años i se ama, el poema mas grande—no escrito por hombre alguno— se lleva en el propio corazon.

Llegué a hastiarme de mí mismo; la sociedad de á bordo no me agradaba; los pasatiempos me eran indiferentes; parecía un sér caido de otro planeta en medio de aquella aglomeración heterojénea;

De noche, en el salón, se hacía música. Entre el taponazo de las botellas i el burbujeo del *champagne*, juegos, charlas, alegrías, risas. Sobre la cubierta, al claro de luna, las parejas ritmaban un vals de Strauss al compas de un acordeón decrepito i desvencijado, que soplaba por todos los pliegues su lamentable sonata. El mar azulado i terso, revuelto por la hélice, hacía surjir a la superficie fosforescencias; licuaciones de topacios hirvientes. A popa, dos enamorados felices cantaban una aria de Donizetti que remataba en un lánguido duo de pasión avasalladora. Yo, desde un rincon, presenciaba indiferente esas escenas de amor i de dicha, siguiendo el descenso de una estrella que parpadeaba

allá, a lo léjos, sobre la curva marina, hasta que se perdió por fin como un adios!

*
* *

Después de una navegacion feliz para los pasajeros, pero angustiosa i mortal para mí, llegamos al Havre. Un tren rápido me trasladó a la capital. Entré a cursar los estudios en la Escuela de Medicina. Asistía á las esperiencias de Pasteur i de Charcot i a las esperiencias hipnóticas en la Salpêtrière. Devoraba cuanto texto estaba al alcance de mis facultades. Quería coronar pronto mi carrera. En tanto, el recuerdo de la mujer amada seguía obsediendome.

Alice, rubia griseta, que conocí en uno de los *cabarets* del Barrio Latino, me ayudó a matar penas. Ella tambien tenia mucho que olvidar—¡pobrecita!—sobre todo el hambre. Me la llevé conmigo. Fuimos a habitar una ratonera en el cuarto piso de la calle *Vieux Colombier*, como dos pájaros en su jaula. Alice era buena. Me arreglaba la ropa, me preparaba el desayuno. Entre el estudio i la linda muñeca, dividía los días largos i aburridores del invierno parisiense. Pleno ideal para un estudiante; sin embargo, yo estaba triste, el romántico idilio del *Tigre* seguía cantando en mi cerebro.

Por cada correo recibía paquetes de cartas certificadas, llenas de reconvenciones por mi tardanza, por mi frialdad, por mi olvido; impregnadas de dolor i de desesperanza, en las que Delia lloraba en el ocaso de su pasión única. Entre linea i linea se adivinaba el sollozo. Esas cartas exaltaban mi imaginación hasta el delirio. A todas respondía con voces de fé i de esperanza, con promesas de dicha, con juramentos de amor, ¡ai! que no habria de cumplir jamás!

Pasaron seis años, seis años de dudas de negruras, de sobresaltos morales, crueles e inespresables. Munido de mi diploma emprendí el regreso. La alegría renacia en mi espiritu; tornaba más contento, decidior i comunicativo; iba en brazos de la felicidad que creia perdida—fantasma que huye cuando se cree logrado;—iba a unirme con el ángel de mis sueños azules, con aquella criatura que me habia hecho ver el paraiso al través de sus grandes pupilas color de cielo.

Mi padre me esperaba en la Rada. El sol

caía á plomo; un sol de Enero, glorioso y deslumbrador, que deshacía sus rayos de oro sobre la superficie del rio entre un haz de temblores luminosos. Los vaporcitos se aproximaban á babor partiendo rápidos el oleaje corto, haciendo sonar los gallardetes como chasquidos de fusta al azote del viento fresco. Los pasajeros iban y venían con sus encomiendas, ansiosos por descender. Ajitaban pañuelos, sombreros, gorras, mantos; cruzábanse saludos, preguntas, respuestas, gritos en todos los idiomas majinables, opacados por el ruido infernal de la maquinaria, de las gruas y de los güinches. Aquello era la Torre de Babel. A proa, bullía un hormiguero de harapos humanos. Ancianos y niños, mujeres y hombres, en una promiscuidad informe, remolineaban por dejar la cárcel flotante, como la hacienda vacuna en un corral estrecho! Maldiciones, risas, llantos, ternos, todo salía atropelladamente de la boca de esos condenados, que volvían á dar señales de vida despues de veinte días de reclusión en sennina infame y nauseabunda.

El comandante iba de un punto á otro dando órdenes. En medio de aquella bara, hunda indescriptible, logré ganar la escalera lateral, y de un salto estuve en el vaporcito al lado de mi padre. En su semblante noté que algo grave sucedía. Inútiles fueron mis averiguaciones. A mis preguntas, de una visible ansiedad febril, contestaba con monosílabos, evadiendo las respuestas directas y categóricas. Esas reservas me confirmaron en que sobre mí seguía cerniéndose la invisible desgracia.

Arribamos por fin al triste hogar. Delia sabía mi llegada. Reinaba en las habitaciones un silencio sepulcral. El cielo volvióse de pronto plomizo, y melancolizaba el paisaje. Las hojas estaban inmóviles, hasta los pájaros callaban. En una pequeña habitacion, sumida en la semi-oscuridad, Delia, presa de una fiebre voraz, balbuceaba palabras inconexas. Tan pronto reía como lloraba. Los médicos me prohibieron terminantemente penenrar en aquel recinto porque mi presencia podia producir un síncope, pricipitando el desenlace. Notando mi insistencia por entrar, me apresaron por las muñecas. Entre tanto, la pobre enferma seguía monologando su delirio. A traves de los postigos entornados, creía devisar á un jóven que marchaba hácia ella; ajitado i sudoroso. ¡Es Mario, es Mario! esclamaba.

En los intervalos lúcidos increpaba duramente á mi padre por haberme alejado por tantos años de su lado; i despues, volviendo al tono cariñoso i dulce que le era habitual: "Te perdono—decía—del mal que involuntariamente me has hecho....I, ya que has seguido engañándome hasta la hora postrera, asegurándome que Mario llegaría hoi, dile al menos que yo muero con su nombre en los labios i lo bendigo,Ah! si me fuera dado verle siquiera todavía una vez, su sola presencia me devolvería la vida.....Pero, ya es tarde.... Mis fuerzas se agotan...El frío de la muerte entra en mis carnes...Veo allá en lontananza una luz deslumbradora...Empiezo á escuchar los acordes de una música divina....Mario....Mario....Muero!"

No pude resistir más; hice un esfuerzo violento i, como el galeoteo que hace saltar las cadenas, me desprendí de las manos que me retenían apresado i caí de rodillas á la cabecera de Delia. Cubrí aquella boca, aquellas mejillas; aquellos rizos, aquel cuerpo divino, de besos ardientes, i la levanté hasta mis labios para darle un postre hálito de vida. Ella me dirigió una larga mirada de adios, la última. Su rostro, afinado por el sufrimiento, adquirió una serenidad anjélica, su boca tomó la espresion de la sonrisa extática; sus ojos, hundidos en el fondo de las órbitas opacas se inmovilizaron, clavándose en los míos i haciéndose mas i mas luminosos, como si toda la vida se hubiera concentrado en ellos. Un color de mate palidez se derramó por su semblante; una estenuación total invadió su organismo, i, como un lirio que dobla su corola, espiró. El rayo, que hubiera caido sobre mi cabeza, no habría sido mas terrible que aquella sorpresa inhumana. Cuando la ví inmovil, ríjida, muerta, con su sonrisa cristalizada, sentí la sensacion de una puñalada i caí como fulminado sobre lo alforibra. I entonces, de todos los rincones de la habitacion, me pareció escuchar voces airadas, reproches indignados, acusaciones tremendas que me pedían cuenta de aquella vida i de aquella muerte.

Al despertar de ese sueño terrible, sobre mis cabellos había nevado i en mi alma se había hecho la noche....

*
* *

Una carcajada general estalló en el saloncito azul, al terminar Mario su relato.

I para contarnos esta historia de un aguado romanticismo, nos has robado sin consideración alguna, nuestra hora de charla amena y cordial?—le interpeló Roberto.

—Francamente, Mario, te compadezco; eres un iluso, un tipo anacrónico—agregó Leopoldo.

I Carlos:

—¿No comprendes que pasó el tiempo de los sentimentalismos lamartinianos; de los *Rafaeles* y *Graciellas*?

I Julio:

—Eres simplemente ridículo: podías haberte guardado tu historieta para contársela á tu abuela.

Volvió á resonar en la sala otra carcajada más formidable.

Mario, lleno de estupor, indignado y lívido, se puso en pié, arrojando sobre aquel grupo de pesimistas y escépticos, una hosca y penetrante mirada de desdén y de desafío. I cuadrándoseles de frente, casi trasfigurado por el orgullo herido y la pasión sublime, hizo vibrar el apóstrofe:

—Sí; teneis razón! Yo pertenezco á otra época. Maldigo la actual. La mía simbolizaba el ideal. La vuestra simboliza el triunfo de la materia, del cinismo y del cálculo sobre los sentimientos sanos, los nobles impulsos y los generosos altruismos... Seguid burlándoos, raza de desventurados sin alma. Vosotros sois los que me inspirais profunda compasión. Creéis que el amor, el sentimiento más puro de la vida, es una paradoja, porque no lo habeis probado jamás. Habeis confundido

la lujuria sexual, la sed febriciente de la carne con esa divina emanación del infinito... Estais todavía mas cerca de la Bestia que del Angel; por eso no habeis sabido respetar siquiera este dolor inmenso... Me inspirais repulsión; me siento mejor, más noble, más digno que vosotros. Teneis las fibras de la emoción petrificadas. En cambio mi corazón, todavía se estremece i sangra al evocar aquella pobre criatura muerta, cuya memoria profanasteis tan cobardemente con el sarcasmo de vuestras burlas i de vuestras risas... Meditad bien en lo que voy a deciros; hasta ahora—¡desgraciados!—no habeis amado mas que cuerpos; en adelante, tratad de amar las almas—comó dijo Hugo—i volveréis a encontrarlas....

Todos habían enmudecido. Aplastados por aquella tempestad verbal, ya nadie osaba argüir.

Sobre los párpados de Mario temblaba una lágrima....

En ese instante, una ráfaga de aire se coló por las persianas, modulando un extraño gemido. La luz del gas palideció repentinamente. Todos sintieron en aquel hálito glacial que les heló la sangre, la presencia de un espíritu desconocido.

I, miéntras Mario meditabundo i triste embozado en su capa, se alejaba con la cara vuelta hácia ellos, en una actitud de supremo ultraje, alcanzaron a distinguir sobre su cabeza un punto luminoso i etéreo—tal vez el alma de Delia—que se agitaba suavemente en la penumbra vaga.

Luis BERISSO.

El Año Nuevo.

Un año más! Con risa ó con gemido
El puerto, apenas fatigado alcanza
Peregrino el mortal, cuando se lanza
De nuevo al porvenir desconocido.

Quién lamenta en el viaje el bien perdido,
Quién vislumbra un tesoro en lontananza
El joven ve la dicha ó la esperanza
El viejo ve la tumba ó el olvido,
Nauta el hombre, el año, el mar obscuro,
Donde tal vez fatalidad traidora
La sirte oculta de dolor futuro,
Naufragio horrible ó playa salvadora
Nos aguardan, el piélago inseguro
Hiende la nave con altiva prora!

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

¡OH POETAS!

¡Qué desgracia mayor que ser poeta!
Ser fé, ser caridad ser esperanza
y devolver el golpe de la lanza
con raudal sacro de virtud secreta.....

La indiferencia, que ni á Dios respeta
no respeta la hermosa lontananza
en que sueña el cantor sin venturanza
o en el golpe de arco la saeta.....

Eso que Numen la torpeza llama,
es más que onda que tiembla, onda que brama;
es como expiación de un gran pecado,
es un dolor agudo y sempiterno;
y no lo pintó Dante en el infierno,
porque Dante era el mismo condenado

José S. CHOCANO.

REVISTA MODERNA.

INDICE DEL AÑO II.

	Págs.		Págs.
ADAM PAUL.		CLARETIE JULES.	
Fernanda.....	175	Diario de un parisiense.....	274
ALBA RAFAEL DE.		COMBATE (EL).	
De Paul Verlaine (poesía).....	192	«Revista Moderna.».....	32
ALTAMIRANO IGNACIO M.		COPPÉE FRANÇOIS.	
El Año Nuevo (poesía).....	384	Paul Verlaine.....	156
ARAGÓN AGUSTÍN.		COUTO CASTILLO BERNARDO.	
Alejandro Volta.....	146	Las nupcias de Pierrot.....	12
BAUDELAIRE CHARLES.		El jardín muerto.....	214
Hymne á la beauté (poesía).....	322	Una pasión de ciego.....	236
BECERRA JOSÉ.		Homenaje.....	256
Al nuevo luchador (poesía).....	279	La alegría de la muerte.....	295
BERISSO LUIS.		El gesto de Pierrot.....	324
Rubén Darío.....	139	CRESPO LIBORIO.	
Idilio romántico.....	379	Epinicio de la muerte (poesía).....	106
BUENO MANUEL.		CHAVETTE EUGENIO.	
Almas y paisajes.....	329	El cobarde que pega á las mujeres.....	280
CAMPOS RUBÉN M.		CHOCANO JOSÉ S.	
Sátiros y ninfas (poesía).....	14	Canción de las tinieblas (poesía).....	332
Baladina (id.).....	61	Pagana (id.).....	334
Vuelo de nubes.....	107	¡Oh poetas! (id.).....	384
Zulema (drama lírico).....	354	DARÍO RUBÉN.	
CARRY FRANÇOIS.		Año nuevo (poesía).....	1
Carducci.....	206	Mallarmé.....	17
CASASÚS JOAQUÍN.		Elogio (poesía).....	39
Carta.....	187	Sol del domingo.....	50
Medalla antigua (poesía).....	261	Walt Whitman (poesía).....	119
CASTELAR EMILIO.		Israel (id.).....	169
Autógrafo.....	130	Las ánforas de Epicuro (id.).....	372
Fragmento de un discurso.....	132	La anciana (id.).....	372
CASTRO EUGENIO DE.		Stella.....	378
Sagramor.....	346	DÁVALOS BALBINO.	
CEBALLOS CIRO B.		Apostasia de Navidad (poesía).....	25
El Guantelete.....	4	La caída de las estrellas (de Leconte de	
Seis Apologías.—Jesús Urueta.....	40	Lisle) (poesía).....	50
El viejo Fauno.....	118	Mística (de Paul Verlaine) (poesía).....	91
Homenaje.....	242	Nuestra Señora la Muerte (Jean Lahor)	
		(poesía).....	144
		At home (Jean Lahor) (poesía).....	240

	Págs.		Págs.
DELGADO RAFAEL.		INGEGNIEROS JOSÉ.	
El caballerango.....	36	Bases del feminismo científico.....	44
La gata.....	75	Artistas Uruguayos.....	202
Antes de la boda.—Monólogo.....	284	ITUARTE ALBERTO.	
DÍAZ LEOPOLDO.		Cuadro (poesía).....	273
La muerte de la Princesa Ippsipyla (poesía).....	27	IZCUÉ J. A. DE	
El ave Mérops (id.).....	102	Antonio y Cleopatra (de Heredia) (poesía).....	308
La leyenda blanca (id.).....	244	El corredor (de Heredia) (id.).....	319
—1851—(Victor Hugo) (id.).....	272	JAIMES FREYRE RICARDO.	
Etepha (id.).....	369	País de sueño (poesía).....	343
DÍAZ MIRÓN SALVADOR.		JOHA PAUL.	
Preliminar de «Melancolías y Cóleras» (poesía).....	66	Souvenance.....	30
La conmemoración (id.).....	288	LARRAÑAGA FEDERICO.	
A las puertas (id.).....	373	Los Velázquez.....	347
ELORDUY ERNESTO		LARRAÑAGA PORTUGAL MANUEL.	
Zulema.—Danza de las Bayaderas (música).....	370	El Grifo (poesía).....	215
FACHA JOSÉ MARÍA.		Los Cuervos (id.).....	337
De un éxtasis (poesía).....	9	LEDUC ALBERTO.	
FALLÓN DIEGO.		De viaje.....	26
El molino de viento (Longfellow) (poesía).....	213	De viaje.....	59
FERRARI EMILIO.		De viaje.....	93
Después de una lectura (poesía).....	55	Mis lecturas en viaje.....	111
FERNÁNDEZ GRANADOS ENRIQUE.		De viaje.....	158
Madrigal (de Pasquale Papa) (poesía).....	152	De viaje.....	178
Piedad (de Jean Lahor) (poesía).....	220	Fragmento.....	298
FRANCE ANATOLE.		La confesión.....	349
Juana y Bob.....	176	LESCANO ANTENOR.	
Guy de Maupassant.....	204	Mañana (poesía).....	42
Fragmento.....	307	Para una pálida (id.).....	42
FRÍAS HERIBERTO.		Pequeños poemas en prosa.....	63
La primera aventura.....	51	Flores de tumba (poesía).....	110
Heroica muerte.....	115	Soplo de Eros (id.).....	110
GAUSSERON B. H.		LÓPEZ RAFAEL.	
Walt Whitman.....	290	Leopoldo Lugones (poesía).....	180
GONCOURT E. Y J. DE.		Flores de humo (id.).....	191
Ajeno.....	219	LORENA.	
GONZÁLEZ CARRASCO AURELIO.		Rubén Darío.....	243
Laus veneris (poesía).....	157	LUGONES LEOPOLDO.	
La Estación Dolorosa (id.).....	178	Poemas por Leopoldo Díaz.....	61
Soledad (id.).....	283	El Himno de las torres.....	78
GONZÁLEZ LLORCA E.		El Hijo del Hombre (poesía).....	123
Holda.....	343	De «Los Crepúsculos del Jardín» (id.).....	161
GOURMONT REMY DE.		Mapa Mundi (id.).....	196
El Establo.....	109	Castalia Bárbara.....	338
HARACOURT EDMOND.		Garza Real (poesía).....	376
Album del Extremo Oriente.....	183	MACEDO PABLO.	
HEREDIA JOSÉ MARÍA DE.		Discurso.....	67
Medaille Antique (poesía).....	261	MAEZTÚ RAMIRO DE.	
IBSEN H.		Hacia otra España.....	138
El Rey y el Poeta.....	376	MALLARMÉ STÉPHANE.	
		Hérodiade (poesía).....	123
		MARISCAL IGNACIO.	
		Thanatopsis (de Bryant) (poesía).....	268

	Fágs.		Págs.
MAGUERITTE PAUL.		RACHILDE.	
Alegoría.....	11	La muerte de Antinoo.....	119
Alegoría.....	64	RAMÍREZ IGNACIO.	
MASPERO G.		Carta.....	195
El Manuscrito Mexicano del Palacio de Bor-		RENARD JULES.	
bón.....	197	La lluvia.....	191
MIRBEAU OCTAVE.		RENÉ MORENO G.	
Notas sobre Joge Rodenbach.....	92	La Unión Americana.....	312
Las memorias de un pobre diablo.....	173	RICHEPIN JEAN.	
MONTERO BELISARIO J.		Cuentos Modernos.....	152
Cristo.....	32	Autógrafo.....	154
De mi diario.....	127	La obra maestra del crimen.....	251
NERVO AMADO.		La obra maestra del crimen (concluye)...	262
El Florilegio.....	328	Un valiente.....	333
NIEMBSCH STREHLENAU NICOLÁS.		RINCON MANUEL.	
Los tres hohemios (poesía).....	320	En el claustro I.—En el hogar II (poesía).	31
NIETZSCHE FEDERICO.		RIVERA J. P.	
Humano, demasiado humano.....	300	***.....	189
NOTAS literarias y artísticas.....	160	ROLLINAT MAURICE.	
NOTAS bibliográficas.....	352	Las Cabelleras (poesía).....	122
OLAGUÍBEL FRANCISCO M. DE.		RUEDA SALVADOR.	
Canciones de Bohemia (poesía).....	21	La paleta (poesía).....	62
Después de un wals (id.).....	139	SALES CEPEDA MANUEL.	
A la memoria de la Sra. Doña Juana Gon-		Juan Gamboa Guzmán.....	18
zález de Valenzuela (poesía).....	255	SIERRA JUSTO.	
En el mundo (id.).....	304	La agonía de Cleopatra (poesía).....	3
OLAGUÍBEL MANUEL DE.		Invocación (poesía).....	85
El Lago (Lamartine) (poesía).....	282	En los funerales del Gral. Carlos Pacheco	
La Mirada (id.).....	311	(poesía).....	98
OLAGUÍBEL Y ARISTA.		De «Los Trofeos» (de Heredia) (id.).....	147
Carta.....	187	Discurso en honor de D. Emilio Castelar..	165
OTHÓN MANUEL JOSÉ.		Spirita (poesía).....	240
Las montañas épicas (poesía).....	10	Juan Cano (id.).....	258
Himno de los bosques (id.).....	33	SUDERMANN HERMANN.	
Paganas (id.).....	74	Confesión de un amigo.....	148
Pastoral (id.).....	227	SULLY PRUDHOMME.	
PAGAZA JOAQUÍN ARCADIO.		Ici bas (poesía).....	304
Al amanecer (poesía).....	182	SWINBURNE ALGERNON CHARLES.	
En la noche (id.).....	288	Mater Triumphalis (poesía).....	299
PARRA PORFIRIO.		TABLADA JOSÉ JUAN.	
Alianza entre las ciencias y las bellas ar-		Del Salón Ideal.....	15
tes.....	2	Adios á Bohemia (poesía).....	18
Del libro 1º en preparación, «Lógica»....	104	Triptico (id.).....	43
PEZA JUAN DE DIOS.		El Samurái (de Heredia) (id.).....	74
En mi barrio (poesía).....	56	En tierra Yankee.....	83
POUCHKINE ALEJANDRO.		El Monstruo.....	100
El Profeta (poesía).....	306	Plenilunio Erótico (poesía).....	108
PUGA Y ACAL MANUEL.		Balada de los ojos (id.).....	132
Inmortales (poesía).....	133	Canción de Tristán (id.).....	170
Otelo ante Dios (id.).....	209	Laus Deo (id.).....	194
		Alba mística (id.).....	235
		A Hidalgo (id.).....	276
		Rimas de ayer (id.).....	294

	Págs.		Págs.
Himno á la belleza (poesía).....	323	El cuento de nunca acabar	55
Literatura dominguera.....	374	Al cielo (poesía).....	60
TIEMPO (El).		A un Poeta	74
***.....	188	Fragmentos (poesía).....	81
TOLSTOY LEÓN.		Fragmentos (id.).....	113
Ivan el loco.....	271	Oremus.....	136
La paz del mundo.....	308	Himnos salvajes (poesía).....	150
UGARTE MANUEL.		Credo....! (id.).....	184
Divagaciones.....	211	Himnos salvajes (id.).....	200
Naufragio (poesía).....	328	In memoriam (id.).....	241
La Garçonnière.....	375	El beso (id.).....	264
URBINA LUIS G.		Deseos? (id.).....	297
Aves (poesía).....	16	De un poema (id.).....	327
El Florilegio de José Juan Tablada	305	VARGAS VILA J. M.	
URUETA JESÚS.		Bajo los árboles.....	221
Rara avis.....	7	VERLAINE PAUL.	
Hostia.....	57	Chanson pour elle (poesía).....	155
Panegírico del sabio Mexicano Gabino Barrera.....	71	WILDE OSCAR.	
Del Caballete	108	Balada de la cárcel de Reading.....	86
Dura ley.....	171	XXX.	
M. Taine.....	233	Psiquiatría.....	335
Luna.....	243	ZOILO ad portas.....	95
Harmonías trágicas.—Chopin—Walz	259	LIBROS próximos.....	96
UZANNE OCTAVE.		CIRCULAR.....	111
El despertar de la belleza.....	266	EL DONADOR de almas.....	128
VALENCIA GUILLERMO.		***.....	131
Los camellos (poesía).....	54	LA ESTATUA de Augusto Comte	181
Voz muda (id.).....	346	DE «LOS CREPUSCULOS DEL JARDIN» ..	191
VALENZUELA JESÚS E.		***.....	262
Niobe (poesía).....	7		
El gran crimen.....	22		

